

PRÓLOGO

A propósito de Kyrios Gracias a la lectura de estos poemas, volví a mis viejos libros de patrística. Esos textos inflamados de pasión, escritos con la belleza de la lucha en defensa del Jesús que había muerto recientemente y que se convertía, cada vez con más fundamentos, en el Cristo que salva. Los poemas de este libro refieren ese momento en que los cristianos iban a dejar de ser perseguidos hasta la muerte para pasar a formar parte del poder imperial romano y sus instituciones. La disyuntiva planteada entre los jefes de la incipiente iglesia no era de sencilla resolución: los cristianos habían sido minoría en las urbes del imperio, y ahora, en el siglo IV, enfrentaban el desafío doble de conservar su identidad compartiendo el poder con Roma. Pero también debían catequizar a los rústicos campesinos que habían quedado fuera de su proselitismo y mantenían sus cultos locales: había que convencer (y si no, vencer) a los paganos mediante la conversión personal o la cristianización, por las buenas o no, de sus creencias religiosas. Esta nueva realidad entrañaba varios factores de riesgo: el primero era ser parte del estado y compartir, por eso mismo, la autoridad. Pero, también, había que honrar la memoria de los mártires, despejar las sospechas y desconfianzas hacia quienes habían claudicado o traicionado en la época de las persecuciones y, fundamentalmente, había que enfrentar la secularización, ese fantasma que intentaba seducir a los bautizados para arrancarlos de los ámbitos de fervor religioso. Por eso, hubo una importante corriente de cristianos que deseó volver a las fuentes. El éxodo al desierto para recrear allí pequeñas comunidades como las que habían surgido en el primer siglo tras la muerte de Jesús en las ciudades portuarias del

8 Mediterráneo también apuntó a volver a los sitios originarios. En efecto, los que huían del mundo se concentraban en Palestina, Egipto, Siria, Anatolia, Libia. Eligieron varias formas de vida: cenobitas, ascetas, eremitas, estilistas, monjes que practicaban oración y ayuno, y trabajaban en

labores comunitarias para subsistir. Para ellos, el desierto dejó de ser el lugar maldito y se convirtió en sitio privilegiado del encuentro con Dios. El éxodo de las ciudades fue protagonizado por mujeres y varones de diversa cultura, inspirados artística y literariamente, con sólida formación en las corrientes filosóficas contemporáneas (platonismo, estoicismo, misterios) y con rudimentos de teología. En todos los casos, eran cristianos adultos de reciente conversión, muchos herederos de las primeras comunidades de la era apostólica. Sus comunidades eran destino de peregrinos que consultaban con estos monjes, abadesas y santas. Y aquí retorno a la poesía de Diego Roel: abades y abadesas, santas y santos, madres (*ammās*) y padres (*abbas*) respondían con sentencias de gran belleza (apoteogmas) que incluían reflexiones, especulaciones teológicas, recomendaciones, consejos, aforismos, paradojas, parábolas. Roel toma esas voces prestadas para recuperar “esa infinita riqueza abandonada” (Edgar Bailey). Comenzó sus ensayos con la palabra profética en *Padre Tótem*, y continuó con *Cuaderno del desierto*, tras el paréntesis de *Diario del insomnio*. Justamente, esa palabra, que requiere de la épica para ser profecía, le resultó una carga demasiado pesada para un solo yo. Se requiere una voz flamígera. Roel había llegado a un punto donde no podía seguir encendiendo el lenguaje sin correr el riesgo de la autodestrucción. Su mística había llegado a una frontera y había constituido un límite difícil (si no imposible) de franquear indemne. Se encontraba en la instancia que Raúl Gustavo Aguirre describía al decir que “nuestros poemas avanzan con nosotros”, y muchas veces nos llevan la delantera, agrego yo. Ante tanta intemperie, ante esa “insoportable noche”, el poeta Roel pidió más voces prestadas, disfrazó su yo, lo simuló y logró una ficción dramática con personajes como el profeta Jonás y la mística medieval Hildegard von Bingen (*Dice Jonás* y *Via Lucis*, respectivamente, ambos libros editados en 2015). Recién entonces, estuvo en condiciones de decir “Recordé mi nombre y el nombre de mis padres” (*Dice Jonás*). La simulación le sirve para crear un mundo poético extenuante, un bosque verbal que enseñorea, por antítesis, en ese desierto que describe a lo largo de tres libros ya. Es con Jonás y con Hildegard von Bingen que encuentra la palabra que necesita, que se le concede para interpelar al abismo, al Altísimo, al que “Es sin defecto y grande” y cuya voz “en mí se expande”. Justo en este punto se produce la operación poética de Roel. En *Kyrios* narra, mejor dicho, dramatiza, se pone en la piel de los estilistas (Simón el Viejo y Simón el Joven; Juan; Lázaro; Daniel), habla

desde la kénosis de amma Sara (“en este recodo del camino/escucho la música/la plegaria que duerme en las piedras”); desde el mensaje escatológico de Juan (“no atesoren los huesos de los mártires/escondan bajo tierra sus ataúdes./Aprendan a morir en silencio”); desde la existencia sentida como efímera de santa Emelia (“Tus manos tocan/la piedra, el agua, el fuego./El peso de Tu cuerpo me sostiene”). La ficción poética afirma esta situación de rechazo de los padres del desierto a eso que el cristianismo primitivo denominaba genéricamente “el mundo”, que se prolongó en los siglos IV y V. El mundo como concepto negativo y antivital asociado al cuerpo, a la carne, a lo oscuro, en fin, al abismo en que el creyente puede naufragar si su fe no lo sostiene.

10 Roel pone en escena las voces de estas mujeres y estos hombres que con gran belleza rozaban lo poético y las recrea. Los datos biográficos son exiguos y apenas permiten imaginar la escena: las fechas, los parentescos, las menciones geográficas, y las palabras que reproducen el incendio interior, el alma ardiendo y luchando, siempre hacia el límite, como asomándose al otro lado de los bordes de la realidad, permiten hacer una analogía. La negación del mundo de esos santos y santas puede asimilarse en nuestros días a la negación del capitalismo y de la sociedad de consumo que destruyen el mundo que habitamos. En estos poemas hay un eco político, una pequeña asimilación al cansancio respecto de las cosas e instituciones que las sociedades crean y que suponen una amenaza para la verdadera vida. En *Kyrios* la religión de los padres y las madres le permite atisbar el alimento invisible que se encuentra en el desierto. No es casual que este libro comience con una cita de Rimbaud, un poeta que luego de componer los poemas más abrasadores hacia finales del siglo XIX, se despojó de su arte, proclamó que era necesario cambiar la vida y se zambulló en el desierto abisinio al final de un itinerario que enlazó Chipre, Indonesia y Yemen. La poesía así surgida “de la confusión, la soledad y el derrumbe, nos habla de algo que no es ya confusión, soledad ni derrumbe. Porque nos habla y hace que le hablemos. Y hablar es superar todo eso, de alguna manera” (otra vez cito a Aguirre). Todo concuerda: Roel, sus voces, Rimbaud. El desierto está más cerca de lo que se piensa. Acaso estos poemas, estas voces, sean hijas de la prédica con que Isaías anunció al Salvador. Acaso sean una tentativa donde la verdad y el error se hermanan. Y entonces, valgan sólo como tentativa. Es decir, como camino, como construcción, como indagación. Así ya no será un saber religioso ni

filosófico, sino poético, un saber que tendrá la austeridad de la poesía acunada en la intemperie. Quizás ahora habrán adquirido estos poemas su altura máxima, su profundidad más honda, su extensión más amplia, con una claridad que ilumina el pasado al que se refieren, el presente de la escritura y el ignorado porvenir. Gerardo Burton Neuquén, febrero de 2016

Bibliografía consultada: *Los dichos de los padres del desierto*, colección alfabética de los apotegmas, Martín de Elizalde, (traducción e introducción), Bs. As. Paulinas, 1986. *Los padres de la Iglesia*, José Vives, Barcelona, Herder, 1971. *La causa de los pobres, causa de Dios*, José González Faus, Barcelona, Cristianisme i justícia, 2015.